

El Macho Cabrío y la Hiena

Érase una vez un Macho Cabrío que se fue en busca de pastos con un amigo suyo que conocía el monte. Después de mucho caminar y cuando ya se encontraban en un lugar desconocido, el Macho Cabrío perdió el contacto con su acompañante y se dio cuenta de que no sabía dónde se encontraba. Estaba en medio de una tierra áspera y deshabitada. Allí solo vivían animales salvajes y peligrosos. Anduvo desconcertado durante todo el día buscando una salida y a la caída de la tarde ya no sabía qué hacer, no tenía ni idea por dónde podría regresar a su casa. Sus pasos le condujeron a una laguna. Bebió agua y después se dijo:

— Estoy en una tierra peligrosa. Tengo que ir con mucho cuidado porque al menor descuido puedo ser la víctima de cualquier otro animal.

Después de mirar detenidamente a su alrededor, descubrió un lugar donde había un barro muy fino; se acercó allí y se revolvió en él hasta cubrir todo su cuerpo con él para que las bestias del campo no pudiesen reconocerlo. De esta forma volvió a ponerse en camino. Al cabo de un rato, se encontró con que la Hiena venía precisamente enfrente por el mismo camino y ya no le daba tiempo de escapar o esconderse, su enemigo ancestral se había percatado de su presencia. Cuando llegaron a la misma altura la Hiena se detuvo y se le quedó mirando detenidamente de arriba abajo diciendo:

— Los cuernos y las orejas se parecen a los del Macho Cabrío, pero el resto del cuerpo no. ¿Quién será?

El Macho Cabrío también se detuvo y observaba a la Hiena muerto de miedo. Luego respiró fuerte y llenó su cuerpo de aire para impresionar y atemorizar a la Hiena al mismo tiempo que se iba acercando a ella con paso decidido. La Hiena le miraba asombrada hasta que lo reconoció:

— ¡Eeeeeeh! ¡Pero si es el Macho Cabrío!

El Macho Cabrío se quedó asombrado, la Hiena le había reconocido; entonces le dijo sin esperanza a sobrevivir a aquel encuentro:

— Es verdad. Soy yo. Haz lo que tengas que hacer.

La Hiena no dijo nada, pero iba pensando en su interior:

— Hoy no tengo hambre y hasta el estómago me duele de todo lo que he comido.

Entonces dijo a su compañero de camino:

— No te quiero complicar la vida. Voy a hacerte tres preguntas, si me respondes acertadamente te dejaré marchar.

— No merece la pena que me hagas las preguntas que pienso que me vas a hacer, porque conozco ya las respuestas: La primera es que te encuentras ya saciado porque de lo contrario ya no estaría yo aquí para contarlo. La segunda es que, si hubiese sabido que tú ibas a tomar este camino, seguro que no nos hubiésemos encontrado, porque yo hubiese ido por otra parte. La tercera es que si me dejas libre para ir a casa y que les cuento a mis amigos que me he encontrado con la Hiena y que hemos estado hablando como viejos conocidos, seguro que no me van a creer, van a decir que es mentira.

— Tienes toda la razón. Eso es precisamente lo que te iba a preguntar, pero hoy no tienes por qué tener miedo, yo mismo te voy a acompañar, te voy a mostrar el camino porque veo que andas perdido y no voy a hacerte ningún daño.

Moraleja: El que tenga la costumbre de decir siempre la verdad, que no la abandone nunca. Aunque la gente no te crea o te cause problemas, di siempre la verdad y esfuérzate en ello.